
EL

COLEGIO DE GUADALUPE

Desde su origen hasta nuestros días

ó Memorias de los acontecimientos contemporáneos
que con él se relacionan.

ZACATECAS

MEMORIA PRIMERA.

Posición geográfica del Obispado de Zacatecas.—Diócesis limítrofes.—División eclesiástica y civil y población probable.—Altura media, máxima y mínima.—Etimología.—Conquista.—Geognosia.—Orografía.—Hidrografía.—Mineralogía.—Climatología.—Flora y Fauna.—Topografía de la Ciudad.—Templos y edificios públicos.—Usos y costumbres.

1. Antes de emprender la narración histórica de los sucesos concernientes al Colegio apostólico de Nuestra Señora de Guadalupe y á sus antiguos religiosos moradores, objeto principal de este libro, de razón es que hablemos preferentemente de la ciudad de Zacatecas, capital del Estado de su nombre, Sede episcopal de reciente erección, emporio de riquezas é ilustración en diferentes épocas y autor é iniciador del religioso pensamiento que dió origen á aquel celebrado plantel franciscano, á quien tendió una mano bienhechora dándole impulso y protección franca y magnífica durante los ciento cincuenta años de su existencia ofi-

cial y autorizada, y á quien todavía hoy compasiva y cariñosa consagra sus más gratos recuerdos, é imparte con tierna solicitud sus beneficios en medio de la desgracia que envuelve á sus alumnos después de su azarosa exclaustación.

2. El Obispado de Zacatecas, uno de los 29 Obispados erigidos hasta hoy canónicamente y por disposición pontificia en la Nación Mexicana, ocupando casi todo el Estado del mismo nombre y algunas otras comarcas de los Estados limítrofes, se encuentra situado en el centro del vasto territorio nacional, en la alta meseta central, entre los 21° 9' y los 24° 53' 30" de latitud Norte y los 2° 7' 40" y 50' 20" de longitud Occidental del Meridiano de México. Su perímetro es muy irregular y los Obispados limítrofes son: al Norte el del Saltillo; al Oriente, San Luis Potosí; al Poniente, las arquidiócesis de Durango y Guadalajara y la diócesis de Tepic y al Sur, la de Aguascalientes y la arquidiócesis de Guadalajara de la cual la de Zacatecas es sufragánea.

3. Para el régimen administrativo la Diócesis de Zacatecas está dividida en 23 Parroquias y 2 Vicarías fijas, en el orden siguiente:

1. Parroquia del Sagrario.
2. Parroquia de Jesús.
3. Vicaría de Guadalupe.

Curatos del Norte.

4. Parroquia de Mazapil.
5. " " S. Cosme.
6. " " Fresnillo.
7. " " Pánuco.

Curatos de Oriente.

8. Parroquia de Salinas.

9. Parroquia de Angeles.
10. " " Ojocaliente

Curatos del Sur.

11. Parroquia de S. José de la Isla.
12. Parroquia de Villanueva.
13. " " Tabasco.
14. " " Jalpa.

Curatos del Sur.

15. Parroquia de Tepechiltlán.

16. Parroquia de Tlaltenango
17. " " Colotlán.

Curatos de Poniente.

18. Parroquia de Jerez.
19. " " Tepetongo.
20. " " Huejucar.

21. Parroquia de Monte Escobedo.

22. Parroquia de Valparaiso.

23. " " Huejuquilla

24. " " Mezquitic.

25. Vicaría de Sta. María de los Angeles.

4. La superficie total de todos los Curatos de la Diócesis, aproximadamente, es de 65,500 (sesenta y cinco mil quinientos) kilómetros cuadrados. Su mayor longitud desde la Punta de Santa Elena (Mazapil) hasta el Cerro del Mixtón (Tlaltenango) es de 463 (cuatrocientos sesenta y tres) kilómetros, abarcando su perímetro una extensión de cerca de 1,740 (mil setecientos cuarenta) kilómetros. La altura media del Obispado sobre el nivel del mar es de 2,330^m (dos mil trescientos treinta metros), la mayor es de 3,090^m (tres mil noventa metros), y la menor (en el Rincón, Jalpa) es de 1,580^m (mil quinientos ochenta metros). La población total del Obispado puede calcularse, según datos oficiales, en... 500,000 (quinientos mil) habitantes. El Curato más extenso de la Diócesis y al mismo tiempo el más despoblado es Mazapil, al cual se le asignan 11,600 (once mil seiscientos) habitantes). Compréndese fácilmente que los menos extensos y más poblados son los dos Curatos de la Capital.

5. Civilmente el Estado de Zacatecas está dividido en doce Partidos, comprendiendo entre todos cincuenta y cuatro Municipios del modo siguiente:

I.—Partido de Zacatecas.

Municipios.	Habitantes.
1. Zacatecas	64,000
2. Guadalupe.....	18,000
A la vuelta.....	82,000

Municipios.	Habitantes.
De la vuelta.....	82,000
3. Vetagrande.....	4,600
4. Pánuco.....	6,528
5. Sauceda.....	3,217
6. Calera.....	4,728
7. Chupaderos.....	2,120
8. San Pedro.....	2,525
9. San José de la Isla.....	3,245
	<hr/>
	108,963

II.—Partido de Fresnillo.

10. Fresnillo.....	25,900
11. Valparaiso.....	12,720
12. Villa de Cos.....	5,500
	<hr/>
	44,120

III.—Partido de Sombrerete.

13. Sombrerete.....	18,500
14. San Alto.....	9,000
15. Chalchihuites.....	12,200
16. San Andrés del Teul.....	2,125
	<hr/>
	41,825

IV.—Partido de Nieves.

17. Nieves.....	12,525
18. Río Grande.....	11,240
19. Villa de San Juan.....	4,125
20. San Miguel del Mezquital.....	5,060
	<hr/>
	32,950

V.—Partido de Mazapil.

Municipios.	Habitantes.
21. Mazapil.....	6,500
22. Concepción del Oro.....	4,125
23. Sierra Hermosa.....	3,158
24. San Pedro Ocampo.....	925
	<hr/>
	14,708

VI.—Partido de Jerez.

25. Jerez.....	30,560
26. Monte Escobedo.....	9,728
27. Susticacán.....	12,520
28. Tepetongo.....	3,340
	<hr/>
	56,148

VII.—Partido de Villanueva.

29. Villanueva.....	18,250
30. Refugio (Tabasco).....	8,200
31. Jalpa.....	14,500
32. Huanusco.....	4,300
33. Juanacatic.....	2,890
	<hr/>
	48,140

VIII.—Partido de Juchipila.

34. Juchipila.....	6,900
35. Apozol.....	8,520
36. Mezquital del Oro.....	5,430
37. Moyaluca.....	4,327
	<hr/>
	25,177

IX.—*Partido de Nochistlán.*

Municipio.	Habitantes.
38. Nochistlán.....	17,900
39. Tenayuca.....	2,320
40. Toyahua.....	1,928
41. Apulco.....	2,325
	<hr/>
	24,473

X.—*Partido de Sánchez Román.*

42. Tlaltenango.....	12,248
43. Teul.....	6,932
44. Tepechtlán.....	6,689
45. Momáx.....	3,120
46. Atolinga.....	4,500
47. Santa María de la Paz.....	3,150
48. Estanzuela.....	3,340
	<hr/>
	30,979

VI.—*Partido de Pinos.*

49. Pinos.....	28,540
50. Noria de Angeles.....	9,320
51. Villa García (Agostadero).....	9,400
52. Santa Rita.....	5,300
	<hr/>
	52,460

XII.—*Partido de Ojocaliente.*

53. Ojocaliente.....	9,700
54. San Francisco de los Adames..	4,000
	<hr/>
	13,700

Número total de habitantes en el Estado: 502,643.

6. Los límites de la Diócesis no coinciden exactamente con los del Estado en algunos de los partidos expresados, como por ejemplo los partidos de Nieves, Sombrerete, Pinos, Tlaltenango (excepto la cabecera) Juchipila y Nochistlán están fuera de los límites de la Diócesis, mientras á su vez la Parroquia de Mezquitic, una gran parte de la de Huejuquilla, la de Salinas, una gran parte de la de San Cosme, la de Colotlán y parte de la de Pánuco, se hallan situadas fuera de los límites del Estado, pudiéndose por esta razón calcular equivalentes ambas superficies.

El nombre primitivo de Zacatecas, de origen Nahuatl inconcusamente, ha sido adulterado de tiempo inmemorial, sin que por esto nos parezca difícil su repriminación atendidos los elementos fonéticos que ahora conserva aunque desfigurados, siendo esta la ocasión de rectificar, no sólo el error en que algunos han incurrido al afirmar sin fundamento que *Zacatlán* es el nombre con que antiguamente se conocía el extenso territorio ocupado por la tribu de los *zacatecos*; afirmación que sola se desmiente con recordar que en el Estado de Puebla, y otros, hay pueblos que llevan el nombre de Zacatlán sin haber sido adulterado en un principio, no obstante haber sido ese nombre conocido por los conquistadores con anterioridad á la conquista de Zacatecas; sino también la errata de imprenta que en los ejemplares impresos de la obra del P. Fr. Francisco Frejes intitulada *Historia breve de la conquista de los Estados Independientes del Imperio Mexicano*, citando á Boturini, dice; que entre los geroglíficos que se referían á la historia de estos Estados, se encontró un mapa referente á terribles combates habidos en algunos pueblos, entre los que figuraba *Tzacatzotla*, en vez de *Tzacatpella* como se lee en el original manuscrito del P. Frejes, que tengo á la vista, y en la obra de Boturini, *idea de una nueva Historia general*, Punto 2, p. 2. Corregida de este modo la errata, tenemos la palabra *Tzacapella*, ho-

fonética de Zacatecas, presentando los elementos fonéticos *zacatla*, que significa "herbazal ó prado" según el vocabulario de Molina y *tepetla*, "serranía ó serie de montañas," lo que corresponde á uno de los geroglíficos del Códice Vergara (colect. Boturini § III, n. 12) en el cual figuran tres tallos de zacate (Kingsborough, Lam. 42, fig. 13 Matr. de Tribut.) sobre un cerro alargado, ideográfico de *tepetla* "serranía ó serie de montañas," significándose de este modo por los dos elementos fonéticos *zacatla* y *tepetla* una serranía en donde abunda el zacate, la hierba ó el pasto en general. He aquí pues sucintamente descifrada la etimología de la palabra Zacatecas.

En un libro recientemente publicado (1885) por orden del General Pacheco, Ministro de Fomento, é intitulado, *Nombres geográficos de México, estudio geroglífico de la Matricula de los Tributos del Códice Mendocino por el Dr. Antonio Peñafiel* etc. página 253, se lee la palabra *Zacatepec*, homónima de Zacatecas, precedida de una figura que representa un cerro coronado por tres matas de zacate y otras dos matas en el centro de la misma figura, la que nos hace recordar el escudo de armas concedido por el rey Felipe II á Zacatecas el día 20 de Julio de 1588, consistiendo este en un carro sobre el cual se destaca una sagrada imagen de María, que con las puntas del resplandor que la circunda, toma la apariencia del ideográfico zacate que adorna el cerro alargado y simbólico de los antiguos zacatecos. ¿Será esta una coincidencia casual, ó tuvo el monarca castellano el pensamiento de cambiar los accesorios del cerro para denotar el nuevo rumbo que debía seguir la nueva sociedad zacatecana? ¿Fué este un pensamiento puramente religioso ó entraña esta mutación un elemento conservador de las antiguas tradiciones de aquellos pueblos? Acaso andando el tiempo obtendremos la solución del problema.

La historia antigua de Zacatecas, esto es, de lo que fué en los tiempos anteriores á la conquista, está envuelta en

las tinieblas del pasado y todo lo que de ella llegue á afirmarse no pasará de lo conjetural y probable. La única huella que ha quedado de la civilización de los pueblos de aquel tiempo en las vecinas comarcas, son los Edificios de la Quemada, y no obstante ser unas ruinas grandiosas, ignórase por completo su nombre, así como el del pueblo que las habitó, insistiéndose de una manera enteramente gratuita y sin fundamento razonable en llamar á esas ruinas Chicomoztco, sin parar mientes en la etimología histórica de esa palabra. ¿No era más verosímil, en vez de que salieran de allí las siete familias ó naciones que poblaron la Mesa central, que una de ellas, la Tulteca por ejemplo, al emigrar hácia el Anáhuac se detuviese allí por largos años, dejándonos, como la única que podía hacerlo, en tan preciosas ruinas una muestra imperecedera de su avanzada civilización? En esta hipótesis Zacatecas vendría á ser el nombre conmemorativo y homónimo de *Zactecauh*, uno de los jefes tultecas, que en unión de Gagsvaitz hace, en el Memorial manuscrito de Tecpan Atitlán, la narración del descubrimiento del maíz y de la formación del primer hombre. (Brasseur de Bourbourg, Histoire des Nations Civilisées du Mexique, T. I. pág. 428.)

La civilización azteca, dice el mismo autor, no era más que el reflejo de una civilización más antigua, y de todas las naciones que habitaban la Nueva España en el momento de la conquista, los aztecas y sus afines eran los menos cultos. Sería, pues, tan injusto como temerario juzgar que todos habían tocado el mismo grado de ilustración que los tultecas. ¿De qué procedía, sino, ese canibalismo que se encuentra siempre mezclándose con sus ritos religiosos? Ninguna huella encontramos de esa práctica abominable en los fragmentos que poseemos de los anales tultecas, y acaso pudo ser introducida en el Anáhuac por las tribus feroces y conquistadoras oriundas del norte, que tanta afinidad tenían con las razas de los Apaches y de los Comanches. Que por lo tocante á los sacrificios humanos, fuerza es reconocer que ha-

bían sido establecidos con anterioridad á la dominación azteca, y la historia tulteca nos los está indicando, más ó menos claramente, desde la aparición de las primeras tribus de la lengua nahuatl. Con todo eso, tales sacrificios, en tiempos más lejanos, se limitaron á un corto número de víctimas, aun en la época más borrascosa del imperio de Quetzalcoatl, y los Mexicanos fueron quienes tan monstruosamente multiplicaron esos ritos abominables.

Cuéntase que en el cerro de la Bufa acostumbraban en otro tiempo los naturales sacrificar víctimas humanas en hecatombes. ¿De donde les venía esa exageración bárbara, esa inextinguible necesidad de hacer correr la sangre humana en las ceremonias de su culto? He aquí otro problema de solución difícil, si ya no es que lo expliquemos por el deseo de hacer su nombre terrible ó de ejercer represalias en contra de las naciones vecinas, que tanto trabajado habían en su destrucción antes de establecerse definitivamente en Tenochtitlán. Lo que hay de cierto es que fueron los primeros en multiplicar hasta el exceso la inmólación de sus prisioneros de guerra, y que introdujeron por la fuerza sus inhumanas supersticiones en comarcas donde antes eran apenas conocidas. El ejemplo dado por la metrópoli no podía menos de ser contagioso y extensivo á otras partes; con el crecimiento de su poder no solo fueron más frecuentes los sacrificios, sino que llegó á ser costumbre inmolarse cada vez mayor número de víctimas. El hombre llegó á familiarizarse con estas horribles escenas; y así como en Roma, en donde las vestales y las más distinguidas damas ponían sus delicias en concurrir á las más horripilantes escenas del anfiteatro; así como en las grandes calamidades públicas, ó antes de entrar en campaña contra algún enemigo formidable, los Druidas consumaban un género de sacrificios más horrorosos aún que los de los mismos Mexicanos, y cuya crueldad los haría increíbles si no se hallaran confirmados por autoridades de tanto peso como la de Julio Cesar. Construían un enorme

maniquí representando un hombre, le llenaban de desgracias condenados á la pena última en las asambleas, y si su número no era suficiente, se elegían víctimas entre los hombres incapaces de defenderse, se amontonaban combustibles al rededor de estas horribles figuras y se les pegaba fuego, lanzando los espectadores gritos de júbilo, del mismo modo que cuando, al celebrar su fiesta principal, lanzaban los heraldos el grito, llenos de alborozo, diciendo: "¡Al muérdago del año nuevo!" costumbre de los antiguos Galos, (franceses), que, como se ve, deja muy atrás á la raza española en su afición por las corridas de toros. Del mismo modo se veía en México y en las otras capitales del imperio de Anáhuac, á las hembras de calidad y las vírgenes más puras encaminarse sin melindre, y hasta con impaciencia á sus templos á dar con su presencia mayor lucimiento á las impías pompas de su religión. Con todo, diremos en obsequio de la verdad, que las naciones vecinas dieron á las veces muestras de grande enojo por tales abominaciones, y el pueblo mismo de México manifestó más de una vez su horror al ver el número de cautivos que eran arrastrados á los altares de Huitzilopochtli.

Mas en medio de descripciones tan crueles, halla el ánimo consuelo al ver el contraste que ofrece la sociedad mexicana, dejando aparte los ritos de su culto sangriento. El conjunto de su moral, tan superior á la de los pueblos de la antigüedad y á la de gran número de las naciones que aun existen actualmente en las regiones del Asia central, no solo está en abierta contradicción con sus creencias religiosas, sino hasta diríamos que en muchos puntos copia la severidad del código evangélico. Compárese, sino las leyes sobre esclavitud y la condición de los esclavos en México con la que ofrecían no hace todavía medio siglo Cuba y los Estados Unidos. Y si, por otra parte, eran tan severas y rigurosas las leyes en su aplicación, eran justas en su general acepción y estaban perfectamente adaptadas al carácter de

aquellos para quienes fueron hechas. Si la poligamia estaba admitida, más bien debía considerarse como un abuso peculiar de la nobleza, que como una ley general de la sociedad, para quien la santidad del matrimonio era inviolable del modo que lo es entre las más cristianas naciones.

En la vida doméstica observábase la dulzura y sencillez de costumbres, y á todas sus relaciones acompañaba cierto carácter de amable cordialidad, que honraria hoy mismo á cualquiera de las modernas sociedades, aun las más cultas. La mujer respetada, casi tanto como su marido, no se veía excluida como entre los Orientales, y podía mostrarse al mundo entero á cara descubierta, sin temores pueriles de ninguna especie. Cuando doncella, tenía que permanecer en el gineceo bajo las órdenes y dirección de la madre; pero tan luego como se casaba, adquiría esa honorabilidad que tiene entre nosotros la mujer, que entra en el uso plenario de su libertad en el instante de abandonar la casa paterna para seguir á su esposo. Podía recibir en casa á sus amigos de cualquier sexo, que en la alegría ó en la aflicción iban á visitarla, ya para darle parabienes y enhorabuenas ofreciéndoles flores ú otros presentes, ya para consolarla manifestándole la parte que tomaban en sus pesares. Si atendían á los cuidados de la casa, no por eso desatendían los intereses de afuera: durante la prolongada ausencia de los que se dedicaban al comercio, sus mujeres eran comunmente las que velaban en la conservación de la propiedad, así en la ciudad como en el campo; los que iban al *tianguiz* á hacer sus provisiones; vendían y compraban, practicando con grande aplomo diversas operaciones mercantiles, de modo que nada dejaban que desear. (Sahagún, costumbres de los Americanos.) Debemos, por último, dar por sentado aquí lo que los anales de todos los pueblos de Nueva España dejan entender con claridad, conviene á saber, que la sociedad que existía en la época de la conquista era muy aventajada en todos los conocimientos de una ilustración muy adelantada. De

las civilizaciones anteriores muchas habían desaparecido, ó corroidas por su propia corrupción, ó extinguidas por la barbarie de las tribus invasoras. A raíz de hondas turbulencias, una civilización nueva solía nacer de entre las ruinas, que iba creciendo cada día con una marcha rápida. Al feudalismo de los nobles sucedía el despotismo de los reyes, minado á su vez por el plebeyanismo: organizábase una liga para derribar el imperio de Moctezuma, del mismo modo que otras ligas habían echado abajo anteriormente las formas diversas de gobierno que le habían precedido: el renacimiento caminaba á pasos de gigante y todo nos hace pensar que los pueblos, cansados de la tiranía militar y religiosa de México antiguo, no habrían tardado en arrancarle el cetro y abolir en gran parte, con la ayuda de una nueva revolución, las abominaciones de su culto supersticioso é inhumano.

Pero dejemos este asunto y pasemos, con perdón del lector, á la época de la conquista consumada por los españoles. Tarea ardua y difícil, en verdad, ya que tenemos que preparar nuestros oídos al clamoreo atronador de los que acusan de bárbaros, crueles é injustos á unos conquistadores, que, bien ó mal, han sido nuestros padres, como fundadores de la raza civilizada que constituye actualmente en la República de México el mayor número de sus habitantes; cuántas veces, al oír los terribles cargos que en contra de ellos se formula, nos hemos preguntado, ¿si habrán sido más bárbaros y crueles que otras naciones cristianas lo han sido en las luchas que han desgarrado á la Europa, ó en las diversas colonizaciones por ellas emprendidas en los dos últimos pasados siglos y en diferentes puntos del globo? Hoy por hoy, hay una grandísima diferencia entre los conquistadores de México y los Rusos, Ingleses, Franceses y Americanos, que, á mano armada, se hacen abrir las puertas del Celeste Imperio para ensanchar los límites de su comercio, con el pretexto espacioso de la tolerancia religiosa y de la civilización! Esto sin hablar de la mentida liberación de Cu-

ba y de las Islas Filipinas, ni de la escandalosa guerra del Transvaal.

«La historia de las conquistas, ha dicho un célebre cortesano de Carlos III, es la de la despoblación, y la historia de los Conquistadores la de los destructores del género humano.» A la verdad, las expediciones de estos pretendidos héroes, aun los más justos y moderados, no nos presentan otro espectáculo, que ejércitos armados de instrumentos matadores, ciudades destruidas, campañas taladas, campos cubiertos de cadáveres, ríos teñidos en sangre humana. Pero cuando al ansia de dominar se junta el fraude, la perfidia y la crueldad, entonces es cuando se pone el colmo á la desolación, cuando los hombres se arrepienten de haberse unido en sociedad, y cuando llega á lo sumo el abatimiento, la angustia, el desconsuelo. Por desgracia aquellas tres cualidades se han hallado muy comunmente juntas en los Conquistadores, y la sed insaciable de invadir las provincias, ha sido casi siempre seguida de la sed de sangre humana. Permitaseme dar aquí algunas breves ojeadas por la historia de las naciones, que no serán inútiles tratándose de hacer patente esta proposición, de cuya verdad estoy seguro que no todos estarán convencidos.

Sesostris, aquel déspota altanero que se solía intitular Rey de reyes, y Señor de señores, aquel héroe de Egipto, que llevó sus conquistas más allá que Alejandro mismo, aquel á quien los historiadores nos pintan como un modelo del arte de reinar; que edificó templos magníficos, que abrió canales para facilitar el comercio, que construyó ciudades sobre puentes y calzadas, para que sirviesen de refugio en las inundaciones del Nilo: éste vencedor sacrificó á su orgullo y á su ambición una infinidad de víctimas: trató á los pueblos vencidos con la mayor crueldad, empleádoslos únicamente como esclavos en las obras con que quiso inmortalizar su nombre. Pero lo que más prueba su barbárie, es

que tenía el gusto de hacerse conducir en un carro, que tiraban en lugar de brutos los miserables Reyes vencidos.

No hay más que atender á lo que hizo Nabucodonosor con los judíos, para conocer cuál era la inhumanidad de este Conquistador de la Arabia, de la Idumea, de la Siria, de Tiro y de Egipto. No contento con haber destruído á Jerusalén, y ejercido allí crueldades inauditas, quitó la vida á los hijos de Sedecias delante del infeliz padre, al cual después de esto hizo sacar los ojos, y conducir á Babilonia cargado de cadenas.

La descripción que Xenofonte hace del fundador de la monarquía de los Persas, es en dictamen de un ilústre sabio de la antigüedad, Cicerón, más bien el modelo de un buen soberano, que la relación exacta de lo que fué Ciro. Este monarca, atropellando las leyes de la naturaleza y de la sangre, despojó del cetro á su mismo abuelo Astiages: habiendo vencido á Cresos, Rey de Lidia, le condenó con bárbara inhumanidad á ser quemado vivo: inundó, en fin, de sangre todo el vasto país, que se extendía desde el mar Egeo hasta el río Indo, y desde el mar Caspio y el Ponto Euxino hasta la Etiopia y Golfo Arábigo.

Una acción sola declara el carácter bárbaro de su hijo Cambiser, el cual sujetó el Egipto, é intentó conquistar la Etiopia. Preguntó un día á su privado Praxasper, ¿qué se hablaba de su conducta en las conversaciones particulares? Se os alaba, respondió Praxasper; pero también se os nota de que amais con algún exceso el vino. Deben de juzgar, replicó Cambiser, que el vino me hace perder la razón: ahora verás como no es así. Al punto se puso á beber, y mandó al hijo de Praxaspes se mantuviese en pie á lo último de la sala con la mano izquierda sobre la cabeza. Toma el arco y la flecha, advierte al padre que le apunta al corazón, dispara, y se lo penetra. Vuélvese entonces á Praxaspes, y lleno de satisfacción: ¿qué te parece, le dice, no tengo pulso bien firme?